

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 39 de ocho entregas

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2255

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

MANUSCRIPT

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

NOTES OF CORRESPONDENCE

1890

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

1890

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

1890



EL DUQUE DE SAN PLÁCIDO.

huerta á darles los buenos dias á Daniel y al doctor.

Dejemos nosotros por algunos instantes á las dos amigas, y salgamos á la huerta en busca del doctor Samuel y su jóven amigo.

Debemos decir, que á pesar de la corta permanencia de Clotilde en Horche, habia logrado apoderarse por completo de la voluntad del viejo doctor.

—¿Sabes, querido Daniel, que me voy convenciendo de que tu hermana tiene razon?—le dijo el médico despues de darle los buenos dias.

—¿Y en qué?

—En lamentarse de tu terquedad: anoche mismo me decia: «Yo no puedo creer que mi hermano Daniel sea tan orgulloso, que continúe rechazando las proposiciones que le hago.»

—No es el orgullo,—añadió Daniel,—el que me obliga á preferir este modesto destierro; es la dignidad ofendida, es el recuerdo de aquella pobre mártir que ya no existe, y para quien la vida fué una lamentacion dolorosa; y usted mismo en otro tiempo, usted, querido doctor, usted el leal amigo de mi infortunada madre, me ha aconsejado cien veces...

—Sí, hijo mio, sí; yo te he aconsejado muchas veces, no lo niego; pero desde entonces hasta ahora han cambiado mucho las cosas, y el arrepentimiento ha despertado por fin el empedernido corazon de tu padre. Don Pedro ya no es aquel orgulloso magnate que arrojó de su casa en un momento de ceguedad á su hijo; hoy es el padre arrepentido, el hombre que desea reconciliarlo todo, y que llora su falta.

Daniel guardó silencio. Escuchaba con profunda atencion las palabras de aquel anciano, á quien estaba acostumbrado á mirar con respeto y veneracion; de aquel anciano, á quien tenia la costumbre de ver desde pequeño siempre dispuesto á enjugar las lágrimas de su madre, y á consolar su profunda amargura con sus sábios y paternales consejos.

—Además, no se trata aquí del general Lostan, sino de Clotilde; de ese ángel de bondad que ha nacido para ser el lazo de flores que una por fin á toda la familia; de ese corazon generoso, de esa alma sublime, que á pesar de su juventud y su hermosura abandona la córte, las comodidades de su palacio, para venir á buscar á este humilde rincon á su querido hermano, á un hermano que ella no ha rechazado nunca, para quien siempre ha tenido los brazos abiertos, por cuya felicidad se interesa.

—¡Ah!—exclamó Daniel, llevándose una mano al pecho.—¿Cree usted que si no fuese por Clotilde me hubiera resignado tan fácilmente? No, querido doctor, no.

—Entonces, ¿porqué no accedes á las súplicas de tu hermana, á los deseos de Clotilde?

—Para evitar el escándalo, por no dar pábulo á la maledicencia, á la murmuracion. El dia que se me viese en Madrid viviendo en el palacio del general Lostan, llamando hermana á Clotilde, seria preciso revelar por lo ménos una parte de nuestro secreto á la sociedad. La misma Clotilde, dejándose guiar por los impulsos de su generoso corazon, no tardaria mucho en decir á todo

el mundo: «Daniel es mi hermano;» y entonces ¿cómo podría explicar su parentesco conmigo sin comprometer á la marquesa del Rádio, sin arrancar la máscara que encubre el rostro de su padre? Créame usted, doctor, bien estoy en el pueblo; no descorramos el velo que oculta lo pasado; usted no ignora que yo me eduqué en medio de la modestia y las privaciones; ¿quién sabe si aquí concluiré por ser feliz?

El doctor Samuel comprendió las poderosas razones que el jóven alegaba para permanecer alejado de la corte.

—Tu pensamiento es muy noble, hijo mio; pero debes considerar, que no toda la vida puedes vivir en este pueblo: eres jóven; ¿qué porvenir será el tuyo encerrado en este rincón del mundo? Por otra parte, tu hermana Clotilde no ha de consentir que mientras ellas vivan en la opulencia, vivas tú en la miseria. Para tranquilizarla seria preciso que aceptes una parte de su fortuna, y que legítimamente á tí te corresponde. Asegurado por ese medio tu porvenir, puedes disfrutar días felices, viviendo en este pueblo donde descansan los restos de tu madre.

Y como Daniel guardase silencio, el doctor, fijando en él una mirada de ternura, añadió:

—Lógicamente, yo moriré, hijo mio, muchos años antes que tú; soy un pobre viejo que ya camina encorvado sobre la tierra como si buscara la sepultura donde han de descansar sus restos. Cuando esto suceda te quedarás solo en el mundo, y es preciso que pensemos en el mañana.

El doctor hizo una pausa, y continuó de este modo:

—Yo apruebo tu pensamiento de vivir retirado de la sociedad. La vida vale mucho menos de lo que cuesta, porque la muerte se halla suspendida sobre nuestro corazón desde el instante en que nacemos. En las grandes ciudades se vive más de prisa, se gasta con lujo la salud, y los disgustos anticipan la vejez; pero una vejez triste, achacosa, sin alegría en el alma y sin vigor en la materia. En los pueblos, por el contrario, se encuentran con frecuencia ancianos de ochenta años llenos de salud y de alegría; pero estos ancianos buscaron en la primavera de la vida una compañera con quien compartir sus goces y sus alegrías. Así pues, querido Daniel, si mis consejos ejercen alguna influencia sobre tí, si te inspira confianza el leal amigo de tu madre, el hombre que te sirvió de padre, te aconsejo que medites lo que voy á decirte. Blanca es un ángel; tan hermosa como modesta, con dificultad un hombre de tus condiciones podría elegir una compañera para toda su vida mejor que Blanca. Únete, pues, con esa jóven; acepta la fortuna que te ofrece tu hermana, y que en realidad te pertenece, y vive tranquilo en este pueblo, ocupándote solamente de la felicidad del hogar doméstico y de hacer bien á los desgraciados; reduce tu mundo á la pequeñez de una aldea, y procura conseguir el tesoro más preciado del hombre: la paz de su hogar doméstico, la tranquilidad de su conciencia.

Aquí llegaba la conversacion, cuando la voz de Mónica vino á interrumpirla con estas palabras:

—Ahí fuera espera un hombre que viene á buscarle á usted, señor doctor; dice que se ha puesto mala su mujer.

Samuel se despidió de su amigo, y Daniel al verse solo se dirigió maquinalmente hácia su habitacion.

CAPITULO III

Las tres cartas

—Buenos días, señores Mánicas.
—¿Alí vez usted, señor Rashio?
—El mismo, para servirle Dios y á usted.
—¿Tiene usted hoy muchas cartas?
—Tres nada más.
—¿Porque que no vendrá ninguna para mí?
—No, señores, —añadió el cortado sonriéndose;— he
dado ha dado siempre poca utilidad á la administración
de correos.
—Díe usted bien; creo que en toda mi vida he re-
cibido una carta.
—Pues por eso lo digo.
—Y para quien son las que trae usted hoy?
—Una para Daniel, otra para don Juan Obispo de los
tan, y otra para don Blanca de Montforte.

CAPÍTULO III

Las tres cartas

—Buenos dias, señora Mónica.

—¡Ah! ¿es usted, señor Basilio?

—El mismo, para servir á Dios y á usted.

—¿Trae usted hoy muchas cartas?

—Tres nada más.

—¿Supongo que no vendrá ninguna para mí?

—No, señora,—añadió el cartero sonriéndose;—usted ha dado siempre poca utilidad á la administracion de correos.

—Dice usted bien; creo que en toda mi vida he recibido una carta.

—Pues por eso lo digo.

—¿Y para quién son las que trae usted hoy?

—Una para Daniel, otra para doña Clotilde de Lostan, y otra para doña Blanca de Monforte.

—Pues vaya, vengan las cartas y tome usted sus tres cuartos.

Mónica cogió las cartas, y se dirigió primero á la habitacion que ocupaban sus huéspedes, y llamó suavemente á la puerta pidiendo permiso para entrar. Entregó las cartas, y desde allí se dirigió á buen paso en busca de Daniel.

Clotilde reconoció en la letra del sobre la de su padre y Blanca la de su hermano; y no tardaron mucho en demostrar las hermosas y tranquilas acciones de las dos amigas el sobresalto que la lectura de aquellas cartas les causaba.

En la imposibilidad de leerlas todas á la vez, comenzaremos por la de Clotilde.

Decía así:

«Hija mia: Comprendo que la lectura de esta carta será un nuevo dolor que á tu alma virginal va á causar tu padre; pero es preciso, y no vacilo en llevar á cabo una resolucion que ha de poner fin á mis sufrimientos.

»Mucho he sufrido, mucho os he hecho sufrir á todos, y comprendiendo que yo soy el único obstáculo á vuestra felicidad, estoy resuelto á romperlo.

»Esta carta, Clotilde mia, no es otra cosa que la despedida de un padre dirigida á su hija. Ya no volveremos á vernos nunca; sed, pues, felices, y borrarad el doloroso recuerdo de mi vida de vuestras memorias.

»Perdona, hija mia, si con la lectura de esta carta causo una nueva herida á tu alma; es preciso. Yo no podria soportar por más tiempo el desdeñoso desprecio

CAPÍTULO III

Las tres cartas

—Buenos dias, señora Mónica.

—¡Ah! ¿es usted, señor Basilio?

—El mismo, para servir á Dios y á usted.

—¿Trae usted hoy muchas cartas?

—Tres nada más.

—¿Supongo que no vendrá ninguna para mí?

—No, señora,—añadió el cartero sonriéndose;—usted ha dado siempre poca utilidad á la administracion de correos.

—Dice usted bien; creo que en toda mi vida he recibido una carta.

—Pues por eso lo digo.

—¿Y para quién son las que trae usted hoy?

—Una para Daniel, otra para doña Clotilde de Lostan, y otra para doña Blanca de Monforte.

—Pues vaya, vengan las cartas y tome usted sus tres cuartos.

Mónica cogió las cartas, y se dirigió primero á la habitacion que ocupaban sus huéspedes, y llamó suavemente á la puerta pidiendo permiso para entrar. Entregó las cartas, y desde allí se dirigió á buen paso en busca de Daniel.

Clotilde reconoció en la letra del sobre la de su padre y Blanca la de su hermano; y no tardaron mucho en demostrar las hermosas y tranquilas acciones de las dos amigas el sobresalto que la lectura de aquellas cartas les causaba.

En la imposibilidad de leerlas todas á la vez, comenzaremos por la de Clotilde.

Decía así:

«Hija mia: Comprendo que la lectura de esta carta será un nuevo dolor que á tu alma virginal va á causar tu padre; pero es preciso, y no vacilo en llevar á cabo una resolucion que ha de poner fin á mis sufrimientos.

»Mucho he sufrido, mucho os he hecho sufrir á todos, y comprendiendo que yo soy el único obstáculo á vuestra felicidad, estoy resuelto á romperlo.

»Esta carta, Clotilde mia, no es otra cosa que la despedida de un padre dirigida á su hija. Ya no volveremos á vernos nunca; sed, pues, felices, y borrad el doloroso recuerdo de mi vida de vuestras memorias.

»Perdona, hija mia, si con la lectura de esta carta causó una nueva herida á tu alma; es preciso. Yo no podria soportar por más tiempo el desdeñoso desprecio

de tu madre, la dignidad fria y acusadora de tu hermano; agudas espinas que se clavaban en mi corazon haciéndome el hombre más desgraciado de la tierra.

»Escribo á tu madre y á tu hermano una carta de despedida, puesto que ya no verán más al general Lostan, á quien tanto odian justamente.

»Ahora, Clotilde, espero que convencerás á tu hermano Daniel á que acepte la mitad de mi fortuna, con la cual podrá vivir modestamente en el punto de la tierra que más le plazca.

»Yo sé que esa pequeña fortuna que le pertenece nunca la hubiera aceptado de mi mano; pero me llevo la confianza de que no la rechazará de la tuya.

»Mi antiguo y fiel ayuda de cámara, Santiago, te entregará mi testamento y mi fortuna en papel del Estado: pártela con Daniel, y sed felices. Al distribuir de este modo las economías de mi vida, no toco para nada las rentas de tu madre, que esas á tí sólo te pertenecen. Adios por la última vez, hija mia; perdona á tu padre, que siempre te ha querido con toda su alma y que tantas lágrimas te ha hecho derramar.

»PEDRO DE LOSTAN.»

Clotilde quedó anonadada al terminar la lectura de la carta, y sin poder contener un grito que se escapó de su alma, cayó desvanecida en una silla.

Blanca, que habia leído rápidamente la lacónica carta de su hermano, corrió á socorrer á su amiga.

Blanca tambien se hallaba conmovida, porque la

carta de su hermano la indicaba que algo grave sucedía en Madrid.

Hé aquí su contenido:

«Querida Blanca: tengo absoluta necesidad de verte muy pronto, porque quiero consultarte un asunto, del que depende mi felicidad, la realizacion de mis hermosos sueños.

»Desde que te has ausentado de Madrid han sucedido aquí cosas extraordinarias.

»Escribeme á vuelta de correo si pensais prolongar vuestra estancia en ese punto mucho tiempo, para que yo tome una resolucion, aunque yo supongo que Clotilde abandonará pronto ese pueblo, en cuanto sepa la gran desgracia que ha sucedido á su padre.

»Ven pronto á ver á tu hermano que te quiere

»JULIO.»

Blanca y Clotilde se dieron á leer mutuamente las cartas, y dulcemente abrazadas y derramando abundantes lágrimas, permanecieron algunos segundos.

—¡Ah! sí, sí, no me cabe duda,—exclamó Clotilde;—¡mi padre, abrumado por el peso de los disgustos, ha puesto fin á sus días!

—¿Y qué hacemos ahora?

—Partir inmediatamente.

En este momento se abrió la puerta de la habitacion donde estaban las dos jóvenes, y se presentó Daniel, pálido, conmovido y con una carta en la mano.

Clotilde, al verle, lanzó un grito y corrió á su encuentro.

—Hermana mia,—dijo Daniel,—sospecho al ver tus lágrimas, que, como yo, has recibido una carta del general Lostan.

—¿Tú tambien?—añadió Clotilde, apoderándose rápidamente de la carta que Daniel tenia en la mano.— Dame, quiero leerla: puedes tú leer la que me ha escrito mi infortunado padre, y si, como sospecho, el general Lostan ha dejado de existir, será preciso, Daniel, que te resignes á cumplir su última voluntad.

La carta que el general Lostan habia escrito á Daniel, estaba concebida en estos términos:

«Hijo mio: Hace muchos años que mantengo una lucha cruel, terrible, conmigo mismo; lucha que matando por completo mi felicidad, me hacia el hombre más desgraciado del Universo.

»Mientras la fiebre de la ambicion calentaba mi alma, yo tuve valor para luchar conmigo mismo y presentarme ante la sociedad con la sonrisa en los labios, mientras sentia despedazado el corazon. Pero este valor fué aminorándose poco á poco, y desde el dia en que no fué un secreto para tí las amarguras que mi conducta habia causado al ángel que te llevó en sus entrañas, yo perdí todo mi valor, toda mi audacia, y el terrible grito de mi conciencia me hizo enojosa mi vida.

»Yo no puedo disculpar mi crimen, porque disculpa no tiene; pero cuando la vida se hace una carga enojosa, insoportable, el hombre que conserva un resto de pundonor y de energía debe poner fin á ella.

»Esta carta es, pues, el último adios que te dirijo.

»No volveremos á vernos nunca; pero al dirigirte mi

despedida postrera, abrigo la esperanza de que acatarás mis últimas disposiciones, que consisten en que partas con tu hermana Clotilde mi modesta fortuna.

»Adios, pues, hijo mio, y ruega por tu padre, para quien llegó la hora de la expiacion y del remordimiento.

»PEDRO DE LOSTAN.»

—¡Daniel, Daniel,—exclamó Clotilde al concluir la carta;—el corazon me dice que nuestro padre ha dejado de existir! Es preciso, pues, que partamos, y es indispensable que tú me acompañes á Madrid; porque yo supongo que en estos momentos de dolor y de angustia no querrás abandonar á tu pobre hermana.

Daniel, no encontrando palabras con que consolar á Clotilde, la estrechó contra su pecho, murmurando en voz baja:

—¡Yo haré cuanto tú quieras, hermana mia!

—Disponlo, pues, todo; partiremos en el primer tren.

—Voy á enviar un hombre á Guadalajara para que traigan un carruaje.

Como si estas palabras tuvieran algun poder mágico, se oyó en aquel instante el ruido de un coche, que aproximándose á la casa, se detuvo por fin delante de la puerta.

Todos corrieron precipitadamente á la ventana.

Clotilde lanzó un grito.

Habia visto apearse del coche á su madre la marquesa del Rádío.

Pocos momentos despues, Clotilde se hallaba en los brazos de su madre.

—Veo que he llegado tarde, hija mia. Tus lágrimas me dicen que has recibido ya una carta de tu padre.

—Sí, sí, una carta,—añadió Clotilde,—cuya lectura ha llenado de dolor mi corazon; una carta por la que sospecho que mi pobre padre, cansado del peso de la existencia, ha puesto en mal hora fin á sus dias.

—Hija mia,—añadió la marquesa,—aún es un misterio para todos lo que puede haberle acontecido al general Lostan. Sólo se sabe que ha desaparecido de Madrid, que no se le encuentra, que se le busca en vano muerto ó vivo. Todo ha sido inútil para encontrarle, como asimismo al conde de la Fe.

Entonces la marquesa refirió todo lo que sabia de la misteriosa desaparicion del general y el conde.

Sentada en un sillón y rodeada de Clotilde, Blanca y Daniel, que la escuchaban con creciente interés, la marquesa, con los ojos llenos de lágrimas, refirió todo cuanto sabia, procurando al mismo tiempo tranquilizar á su hija.

Daniel la escuchaba con profundo silencio.

Aquella mujer habia sido involuntariamente la causa de la mayor parte de las desgracias de su madre.

Tenia, pues, para Daniel algo de repulsivo; pero Daniel habia sabido disimular siempre el mal efecto que la presencia de la marquesa le producía, en gracia al profundo amor que profesaba á Clotilde.

Cuando doña Beatriz terminó su doloroso relato,

fijó los ojos humedecidos por las lágrimas en Daniel, y dijo:

Sospecho, hijos míos, que os habeis quedado sin padre; roguemos á Dios por su alma.

La marquesa se arrodilló.

Todos la imitaron, reinando en aquella habitación por breves momentos un profundo silencio.

CAPÍTULO IV

Donde Daniel encuentra una segunda madre

CAPÍTULO IV

Donde Daniel encuentra una segunda madre

Al terminar aquella oracion dedicada al alma del general Lostan, á quien todos creian muerto, la marquesa volvió á sentarse en el sillón, y tendiendo una mano á Daniel, añadió:

—Hijo mio, usted me ha demostrado con su noble conducta que abriga dentro de su pecho un alma generosa. La pobre Angela, su santa madre de usted, murió agobiada bajo el peso de sus desventuras; ángel de la tierra, cerró sus ojos sin pronunciar una queja ni una reconvencion contra el hombre que habia sido causa de todas sus desgracias. Ese hombre, segun todas las probabilidades, ha dejado de existir; usted ha quedado huérfano en la tierra; la muerte reconcilia muchas veces á los vivos. ¿Quiere usted ser mi hijo?

Esta proposicion arrancó un grito de gozo á Clotilde.

Aquel grito conmovió todas las fibras del corazon de Daniel, que cayendo arrodillado á los piés de la marquesa, la besó las manos respetuosamente, murmurando con acento conmovido:

—¡Ah, señora! yo acepto con orgullo el ofrecimiento. Es tan dulce para un huérfano pronunciar las palabras ¡madre mia!

—Pues bien; si usted me acepta por su madre, ¡ven á mis brazos, hijo mio!

Y la marquesa estrechó cariñosamente contra su pecho á Daniel.

Esta reconciliacion en medio del profundo dolor que affigia á Clotilde, vino á ser el bálsamo del consuelo que aminoraba en parte su gran amargura.

Desde este momento, ya sólo se pensó en disponer el viaje de regreso á Madrid.

Era preciso partir aquel mismo dia. Todos tenian igual interés en regresar á la córte.

Clotilde, á pesar de la inmensa alegría que la reconciliacion de la marquesa y Daniel le habia causado, no por eso olvidaba á su padre; á su padre, á quien amaba con toda su alma, y cuyo paradero ignoraba.

Daniel, mientras se disponia el viaje, corrió á casa del doctor Samuel para contarle lo que sucedia. El doctor se hallaba en su despacho; le bastó fijar una mirada en el jóven para comprender que algo extraordinario le sucedia.

—Vengo á despedirme de usted,—dijo Daniel.

—¿Cómo?...—preguntó con acento admirado el doctor.

—Desde que nos separamos esta mañana han sucedido muchas cosas, y todas ellas extraordinarias.

—A ver, explícate.

—En primer lugar, he recibido una carta de mi padre que encierra mucha gravedad. Por su lectura sospecho que debe haber puesto fin á sus dias.

—¿Qué dices?

—¡Oh! no me cabe duda; usted mismo puede juzgar.

Y Daniel entregó la carta al doctor, que este leyó en voz baja con bastantes síntomas de agitacion.

—Sí, sí, dices bien, Daniel,—añadió el doctor al terminar la lectura;—esta carta es grave, y temo como tú que el general haya cometido la última locura.

—Mi hermana Clotilde ha recibido otra concebida poco más ó ménos en los mismos términos, sino que en ella consigna que se me entregue á mí la mitad de su fortuna. Segun parece, el general no ha podido soportar por más tiempo la carga abrumadora de los remordimientos, y ha puesto fin á sus dias; pero lo más raro de este acontecimiento, es que aun no ha podido encontrarse el cadáver del general. En vano los criados de la casa y la policía le han buscado por todas partes. Esto nos ha dicho la marquesa, que ha llegado hace algunas horas al pueblo.

—¿La marquesa del Rádio?

—Sí, que viene en busca de su hija para llevársela á la córte. La marquesa, que con gran asombro mio, la

he visto con los ojos llenos de lágrimas, y estrechándome contra su pecho me ha llamado su hijo. Ya no es la mujer orgullosa y altiva de otros tiempos; la noticia del suicidio de su esposo ha cambiado su carácter.

El doctor se quedó pensativo.

Todas aquellas revelaciones eran suficientes para preocuparle.

—Usted me ha servido de padre; usted ha sido siempre mi leal, mi noble consejero; ¿qué debo hacer?

—Ante todo, hijo mio, debes obedecer la última voluntad de tu padre: acepta la fortuna que te pertenece, y hasta que el tiempo tranquilice á tu hermana y á tu segunda madre, no debes separarte de su lado.

—Partiré con ellas á Madrid esta tarde.

—Sí, parte, y no olvides nunca que en este pueblo te espera un anciano que te ama con todo su corazón. No olvides tampoco, hijo mio, que el hombre tiene muchas veces la felicidad al alcance de su mano, y parece desdeñarse en cogerla. Blanca es un ángel, Blanca puede llenar de poesía y amor tu vida; ella, al revés de la generalidad de las jóvenes, se contenta con ser amada y vivir modestamente lejos del ruido de las grandes ciudades. A tí también te place la vida sosegada del campo; ¿qué mejor compañera pudieras encontrar que esa sencilla joven, que vivirá sin otro deseo que el de complacerte y hacerte feliz?

—¡Padre mio!—exclamó Daniel, enjugándose las lágrimas,—juro por la memoria de mi madre no olvidar los buenos consejos que usted acaba de darme; y

ahora, antes de abandonar este pueblo, permítame usted que vaya á decir adios á la tumba que encierra los restos de aquella que me llevó en sus entrañas.

—Es muy justo, hijo mio, y yo voy á acompañarte.

Samuel cogió su baston y su sombrero, y apoyado en el brazo de su ahijado, se dirigieron ambos hácia el cementerio; y allí, inmóviles y de pié junto al hermoso cedro de ódora, permanecieron orando en silencio algunos minutos.

Por fin, Daniel dijo de este modo:

—¡Madre mia, voy á separarme algunos dias de este sitio, donde descansan tus queridos restos! ¡Un acontecimiento inesperado me obliga á ir á Madrid; pero no temas, que yo no te olvido ni un solo minuto: aquí regresaré muy en breve á cuidar este hermoso árbol que presta sombra á tu sepultura con el perenne verdor de sus brazos! ¡Adios, madre mia!

Daniel se enjugó los ojos, y volviendo á ofrecer el brazo al doctor, salieron del cementerio.

Cuando llegaron á casa de Daniel, el coche que habia conducido á Horche á la marquesa estaba enganchado en la puerta.

Era preciso partir en el acto para llegar á hora de tren.

Clotilde, aprovechando un momento mientras Daniel se despedía de su antiguo y leal criado, llamó aparte al médico y le dijo:

—Usted sabe, señor doctor, lo que me intereso por la felicidad de mi hermano. Creo que esta consiste en unirle con Blanca; son el uno digno del otro.

—Así lo creo, señorita; y no hace mucho le aconsejaba en ese mismo sentido.

—El deber me ordena partir á Madrid en este instante. Todo me indica que ha sucedido una gran desgracia á mi padre. Quiero saber la verdad, por triste, por dolorosa que sea; usted me inspira una gran confianza. Si el gran interés que se toma por Daniel, á quien mira como un hijo; así, pues, para no perder el tiempo voy á darle un encargo. Durante nuestra ausencia, es preciso que esta casa se transforme, haciendo de ella un nido encantador y digno de dar abrigo bajo su techo á dos almas tan bellas como las de Daniel y Blanca. Tan pronto como llegue á Madrid, mandaré á un arquitecto para que se ponga de acuerdo con usted; es una sorpresa que le guardo á mi hermano, para que cuando regrese á este pueblo donde trascurrió su infancia se encuentre con un pequeño paraíso, que le haga olvidar en parte las amarguras del pasado.

—Cumpliré las órdenes de usted, señorita,—dijo el doctor.

—Daniel ha de ignorar esto que acabamos de convenir.

—Lo ignorará.

—En usted confío.

.
Media hora despues, el coche se perdía entre una nube de polvo por la carretera, y junto á la modesta cruz de piedra que marca la entrada del pueblo, se enjugaban los ojos tres ancianos: el doctor Samuel, Ramon y Mónica.

—¡Ah! quién sabe si volveremos á verle más,—exclamó Mónica, exhalando un suspiro del fondo de su alma.

—Confiar y esperar: hé aquí lo que hace el hombre desde que nace hasta que muere,—murmuró el doctor en voz baja.—Confiemos, pues, y esperemos.

CAPÍTULO V

Pesquisas inútiles

Poco antes de llegar al pueblo de Chamartin, mandó el señor Quesada al cochera que se detuviera, y se apeó del carruaje.

Quesada era uno de estos hombres que no llaman la atencion en ninguna parte; un tipo vulgar que se ve, sin que se fije en él la atencion.

En ciertas ocasiones, tenia mucho tacto para elegir los disfraces convenientes á las empresas que queria llevar á cabo; era un actor que sabia desfigurarse perfectamente.

Cuando llegó al pueblo comenzaba á amanecer. El lector debe tener presente, que los acontecimientos que vamos á narrar en este capítulo tuvieron lugar en la mañana que siguió á la noche del terrible drama de la cueva; es decir, algunas horas antes de que Santiago

regresara á Madrid y se extendiera por la capital la alarmante noticia de la desaparicion del general Lostan y el conde de la Fe.

Santiago habia visto partir á su amo perfectamente disfrazado, y se habia quedado solo en la casa de campo, disponiéndolo todo para regresar á Madrid.

Despues de esta ligera aclaracion, continuemos.

El señor Quesada llegó á Chamartin al amanecer; pero como la gente del campo es madrugadora, en las primeras casas del pueblo vió á un hombre con un mandil de cuero, las mangas de la camisa arremangadas y un cigarro en la boca, de pié sobre el dintel de la puerta de una herrería.

Quesada se acercó al hombre y le preguntó:

—¿Tendrá usted la bondad de indicarme por dónde se va á la quinta de los señores marqueses del Rádío?

—La quinta de la señora marquesa está situada al extremo opuesto del pueblo, en el campo.

—Si hubiera por ahí algun muchacho que me acompañara, yo le pagaria su trabajo.

—Perico, anda en una carrera á acompañar á este señor á la quinta de la marquesa.

Del interior de la casa salió un muchacho de nueve á diez años, súcio y harapiento, y en cuyos ojos se advertian aún todos los síntomas del sueño.

Quesada dió las gracias al herrero, y tomó la calle adelante acompañado del muchacho.

El jefe de la policía secreta no necesitaba un guia para llegar hasta la quinta de la marquesa; pero como no le gustaba perder tiempo, además de que aquel mu-

chacho le llevaria sin dar rodeos al sitio deseado, habia concebido el pensamiento de hacerle algunas preguntas para irse orientando en el asunto de que se trataba.

Apenas se hallarian á unos cincuenta pasos de la herrería, Quesada comenzó el siguiente diálogo con el muchacho:

—¿Tú serás del pueblo, eh?

—No, señor, soy de Hortaleza; pero mis padres me han enviado á Chamartin á aprender el oficio en casa del señor Sebastian.

—¿Y hace mucho tiempo que estás en Chamartin?

—El mes que viene hará dos años.

—A este pueblo vendrá mucha gente paseándose desde Madrid.

—Ya ve usted, como que hay un colegio de niñas, que todas ellas son señoritas de Madrid.

—Díme, ¿ayer por la tarde no viste pasar por delante de la herrería á dos señores montados en dos magníficos caballos?

—¿Ayer por la tarde?—repitió Perico alzando los ojos al cielo, como si buscara entre sus recuerdos la contestacion de aquella pregunta.

—Sí, dos señores, ancianos ya; uno de ellos montaba una llegua torda, el otro un caballo negro.

—Pues no recuerdo haberlos visto. No estaria yo en la herrería cuando pasaron.

—Sí, tal vez sea eso,—contestó Quesada maquinalmente, convencido sin duda de que nada de provecho podia decirle su guia.

Continuaron, pues, su camino sin hablar palabra, y cuando llegaron á la salida del pueblo, el muchacho, extendiendo el brazo en direccion á una magnífica quinta que se veía como á quinientos metros á la derecha del pueblo, dijo:

—Aquella es la casa de campo de la señora marquesa.

Quesada dió una peseta al muchacho, y añadió:

—Ya puedes retirarte. Ahora no hay miedo de que me pierda.

Perico no esperó que le repitieran la orden, y loco de contento con la buena fortuna que habia tenido aquella mañana, se dirigió con la velocidad del gamo hácia la herrería.

Mientras tanto, Quesada se encaminaba hácia la quinta con pocas esperanzas de salir airoso en su empresa.

Llegó por fin á la verja y se detuvo.

El sol envió en aquel momento sus primeros rayos desde Oriente.

—Mucho me temo,—se dijo Quesada hablando consigo mismo,—regresar á Madrid sin averiguar nada.

Y dirigiendo una mirada en derredor suyo como si pretendiera encontrar algun indicio, se encogió de hombros y repuso:

—Indudablemente en esta quinta vivirá alguno. Continuemos las pesquisas.

Quesada buscó en la puerta de hierro que cerraba el paso al jardín, y vió una cadena, de cuyo extremo pendía una campana.

Tiró de aquella cadena resueltamente, y esperó.

Apenas habían trascurrido algunos segundos, cuando vió venir hacia él á un hombre, que saliendo de la quinta, se encaminó con tranquilo paso hacia la puerta de hierro por una ancha calle de chopos.

Cuando este hombre llegó á la mitad de la distancia que separaba la casa de la verja, Quesada dijo para sí:

—¡Calla! si no me engaño, es Santiago, el ayuda de cámara del general.

Y efectivamente, era Santiago, que al llegar á la puerta la abrió diciendo:

—¡Calle! ¿es usted, señor Quesada?

—El mismo, amigo Santiago, el mismo.

Santiago abrió la puerta, añadiendo:

—Adelante, adelante.

—A usted sin duda extrañará verme en este sitio y á semejante hora.

—Nada de eso, señor Quesada, porque tratándose de un empleado del gobierno, ó por mejor decir, del jefe de la policía secreta de Madrid, cuya actividad y celo es reconocida por todos, no debe extrañarse nadie de encontrarle al amanecer en un pueblo de las cercanías de la capital, y eso cuanto más me indica que sucede algo grave en este pueblo.

Santiago hablaba con tal naturalidad, con tanto aplomo, que el señor Quesada hizo un gesto de disgusto, temiendo que el ayuda de cámara no supiese nada.

—Pues sí, amigo mío; sucede algo grave, y yo, en cumplimiento de mi deber, despues de pasar la noche

en pesquisas inútiles, he creído que debía venir á este pueblo, y sobre todo á esta quinta.

—¿A esta quinta? ¡Diantre! me llena usted de curiosidad, señor Quesada; pues ¿qué ocurre?

Esta pregunta fué hecha con tono natural. Quesada fijó una mirada investigadora en Santiago, que este mantuvo con imperturbable calma.

—Veo que usted ignora el grave acontecimiento que está llamando la atención de Madrid. ¿Cuánto tiempo hace que se halla usted aquí?

—Desde ayer por la mañana. Pero entremos en la casa.

—No, no importa; la mañana está agradable. Yo sólo deseo dirigirle á usted algunas preguntas.

—Todas las que usted guste, señor Quesada.

—¿Dice usted que se halla aquí desde ayer por la mañana?

—Sí, señor.

—¿Vino usted por su voluntad, ó por encargo especial de alguna persona?

—¡Ah, señor Quesada!—contestó Santiago, sonriéndose;—hace mucho tiempo que yo no tengo voluntad propia. Vine aquí, porque así lo dispuso mi amo el general Lostan.

—Perfectamente. ¿Y supongo que usted no tendrá dificultad en contestarme á las preguntas que voy á hacerle?

—Ninguna.

—Vino usted aquí por orden del general, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y qué misión es la que le encargó á usted don Pedro?

—Me dijo sencillamente estas palabras: «Santiago, mañana por la tarde pienso ir á nuestra quinta de Chamartin con un amigo; tal vez comeremos allí; procura arreglarlo todo. Entonces yo le indiqué que el jardinero y conserje de la quinta se hallaban en Aranjuez, donde habia ido á comprar algunas plantas, y que si se trataba de una comida de ciertas condiciones seria preciso que se trasladaran á Chamartin algunos criados. El general me contestó que no tenia una gran seguridad en comer en la quinta, y que por lo tanto bastaria con algunos fiambres. Despues de esto compré lo que tuve por conveniente en casa de L'Hardy, y me trasladé ayer á las ocho de la mañana á Chamartin.

—¿Y el señor general con su amigo vendria por la tarde?

—Nada de eso, señor Quesada. Los he estado esperando en vano, y ni el señor general ni su amigo han parecido por la quinta.

—¿Y no ha extrañado usted la tardanza de su amo?

—¡Bah! estoy muy acostumbrado á estas cosas,—añadió Santiago, riéndose con la mayor naturalidad.—Por otra parte, el general no tiene necesidad de guardarme grandes consideraciones. Le esperaré aquí hasta las diez de la mañana, y si á esa hora no ha venido, regresaré á Madrid.

Quesada no tuvo ya la menor duda de que aquel

hombre ignoraba el paradero del general; le habia contestado con tal naturalidad, que el jefe de la policía secreta creyó que era imposible tanto aplomo siendo culpable.

—Amigo Santiago, veo que usted ignora lo que ha sucedido. Es inútil que espere usted por más tiempo al general Lostan y al conde de la Fe, que era el amigo que debía acompañarle.

—¿Cómo inútil? ¿Le ha llamado la reina para formar ministerio?

—No, pero debe haberles sucedido á esos caballeros alguna gran desgracia.

Santiago retrocedió un paso con muestras de asombro.

—¿Qué es lo que usted dice? ¿una desgracia al general, á mi querido amo? Por Dios, caballero, no me oculte usted nada.

Entonces el jefe de la policía, compadecido del interés que aquel leal criado se tomaba por su amo, le refirió todo lo que él sabia.

Santiago escuchó el relato con gran interés.

Al terminar Quesada llevóse la mano á la frente, y exhalando un rugido, exclamó:

—¡Ah! sí, dice usted bien; debe haber sucedido á mi querido amo una gran desgracia. Hace muchos años que el conde de la Fe le odiaba de muerte, y creo á ese hombre bastante infame para haber cometido un crimen. Pero nosotros descubriremos la verdad de este misterio, ¿no es verdad, señor Quesada, que la descubriremos? Si mi pobre amo ha sido asesinado, es pre-

ciso que todo el rigor de la justicia caiga sobre el asesino.

—Mi honra está empeñada en encontrar, muertos ó vivos, al conde de la Fe y al general Lostan, y pues usted nada puede decirme que me indique sus huellas, vuelvo á Madrid á ver si alguno de mis agentes ha sido más afortunado que yo.

—¿Y qué es lo que cree usted que yo debo hacer?

—¡Diablo! eso es bastante difícil de decir; pero cuando el general no ha venido y no se le encuentra por ninguna parte, creo que ya será inútil que le espere usted por más tiempo aquí.

—Sí, sí, dice usted bien; lo cerraré todo y me trasladaré á Madrid.

—Si usted quiere, le cedo un asiento en mi carruaje.

—Le entretendré á usted mucho tiempo, porque antes de salir de la quinta tengo que cerrarlo todo perfectamente, apagar las chimeneas, é ir á llevar las llaves en casa del señor cura, de donde las recogerá esta tarde el jardinero á su regreso de Aranjuez.

—Entonces, en Madrid nos veremos.

—Sí, sí, en Madrid; porque es preciso encontrar á mi amo.

—Pues asta la vista, amigo Santiago.

—Hasta la vista, señor Quesada.

El jefe de la policía salió del jardín de la quinta en direccion al pueblo, y apenas habia dado veinte pasos, cuando oyó que Santiago le llamaba.

—Dispense usted, señor Quesada, si aturdido con lo que acaba usted de revelarme, he cometido la im-

prudencia de no decirle si queria tomar alguna cosa; una taza de té ó café, un ligero desayuno.

—Gracias, Santiago, gracias; no acostumbro á tomar nada tan temprano.

El señor Quesada se dirigió hácia el pueblo.

Santiago permaneció detrás de la verja hasta que le perdió de vista.

—¡Imbécil!—se dijo hablando consigo mismo.—Ni siquiera ha sospechado que sus piés se posaban sobre el teatro del crimen. Afortunadamente, la naturaleza ha querido dotarme de unas condiciones morales que son muy útiles para estos casos.

CAPÍTULO VI

Una prueba más

Santiago se dirigió lentamente hacia la quinta, entró en una de las habitaciones del piso bajo, y se dejó caer en una butaca.

Durante la escena con el señor Quesada, había mantenido una terrible lucha consigo mismo. La menor imprudencia, la más pequeña falta de serenidad, hubiera puesto á aquel hombre astuto sobre la pista del crimen.

Aunque estaba satisfecho de sí mismo, se sentía fatigado. El paso que acababa de dar era de la mayor importancia. Meditó, pues, lo que debía hacer.

Sobre una mesa se hallaban todos los objetos subidos poco antes de la cueva; en una gran banasta los comestibles de la última cena del general y del conde.

En la cueva no había quedado la menor huella del crimen. Era preciso que allí no quedase tampoco.

El ayuda de cámara, despues de algunos momentos de meditacion, se pasó repetidas veces la mano por la frente, y levantándose dijo:

—Pongamos estos objetos en sus sitios, y á Madrid, donde debo cumplir la postrera voluntad del general.

Santiago colocó la panoplia en su sitio, y comenzó á arreglar las armas.

Cuando sus manos cogieron las pistolas, un estremecimiento involuntario agitó el cuerpo de aquel hombre, recordando las terribles acusaciones que en forma de cartas habia ocultado el moribundo conde dentro de aquellas armas.

—¡Ah! ¡suerte y no poca ha sido la nuestra de encontrar el postrer escrito del conde de la Fe que denunciaba nuestro crimen! ¡Desgracia grande seria que un tercer ejemplar se hallara oculto en alguna parte, y cayera con el tiempo en unas manos imprudentes! Pero no, eso no es posible; el conde no tuvo tiempo para escribir mucho, y por otra parte, yo lo he registrado todo con mucha escrupulosidad y detenimiento, con todo el cuidado que el asunto requería.

Santiago continuó colocando las armas en la panoplia. Cuando hubo concluido, dirigió una mirada á la banasta donde se hallaban los comestibles.

—¿Qué haré con esto, lo daré á los pobres, ó lo llevaré á Madrid? Lo mejor es entregárselo al señor cura para que él lo distribuya como quiera. Dejaremos aquí las botellas que aún permanecen lacradas.

El ayuda de cámara comenzó á sacar de la banasta

los comestibles, dejándolos sobre la mesa, y mirando con escrupulosidad las botellas á través de la luz. Aquella operacion le entretuvo más de media hora: tal era el detenimiento con que lo observaba todo.

En el fondo de la banasta ya no quedaban más que algunos restos de pan, entre los que se veia un panecillo francés entero.

Santiago cogió aquel panecillo para colocarlo con los comestibles que pensaba dar al cura.

Maquinalmente fijó los ojos en aquel pan, y observó una línea practicada en uno de sus lados. Una sospecha rápida, inexplicable, asaltó su mente. Partió en dos trozos el panecillo, y lanzó un grito.

Tenia en las manos una tercera copia de las cartas encontradas en los cañones de las pistolas; una tercera acusacion del conde de la Fe, exactamente igual á las anteriores.

Santiago palideció. La casualidad acababa de salvar á su amo y salvarle á él mismo. Tuvo miedo de que aún existiera otro escrito acusador, y entonces, guardándose cuidadosamente en el bolsillo el papel que aún conservaba en sus trémulas manos, se dijo:

—¡Oh! es preciso obrar con mucha prudencia. Todos estos restos del fúnebre banquete me espantan, me aterran. El descubrimiento que milagrosamente acabo de hacer, y que indudablemente nos hubiera perdido, me aconseja una gran prudencia. Lo mejor es hacer un gran hoyo en el jardin y enterrarlo todo. Sí, sí, eso es lo mejor, y luego reconoceré por última vez la cueva.

Santiago se limpió algunas gotas de sudor que sur-

ral, todos sus amigos quisieron saber la verdad de aquel hecho extraño por boca de la misma familia.

La marquesa, exceptuando algunas personas, entre las que se contaban el duque de San Plácido y Julio de Monforte, encargó á su apoderado general que recibiera las visitas, enterándoles de todo lo que ocurría.

Por otra parte, ni la policía ni la justicia habían sido más afortunadas que la marquesa del Rádio.

El paradero del general y del conde de la Fe era un misterio.

No encontrando en parte alguna los cadáveres de estos personajes, y habiéndose corrido las órdenes á los alcaldes de los pueblos inmediatos y á la Guardia civil sin que esto diera el menor resultado, se comenzó á sospechar en los altos círculos de Madrid si el general y el conde habrían sido secuestrados.

Sin embargo, la marquesa del Rádio temía que algo grave hubiese sucedido al conde de la Fe y al general Lostan.

Todos confiaban en volver á encontrarlos, en que el día ménos pensado se recibirían algunas cartas pidiendo una cantidad de dinero para su rescate; todos tenían esperanzas ménos su familia.

Así se hallaban las cosas, cuando un acontecimiento inesperado hizo pública, ó por lo ménos muy sospechosa, la muerte del general Lostan.

El mismo día que la marquesa del Rádio regresó de Horche, y despues de dar orden de que no estaba para nadie, exceptuando para el duque de San Plácido

y Julio de Monforte, á la caída de la tarde una doncella entró á decir á doña Beatriz que el señor notario encargado de los negocios de la casa tenia precision de verla.

La marquesa vaciló un momento antes de concederle la entrada; pero sospechando que tendria algo que decirle de parte del general, dió orden para que se le dejase pasar.

—Señora marquesa,—dijo el notario entrando,—yo ruego á usted me perdone si á pesar de la orden de no recibir á nadie he tenido empeño en verla; pero se trata de un asunto de la mayor importancia, que hace cuarenta y ocho horas me tiene preocupado; y como precisamente en el dia de hoy termina el plazo que el señor general me indica en su carta...

—¡Ah! ¿el general ha escrito á usted?

—Sí, señora,—contestó el notario, exhalando un suspiro,—me ha escrito una carta tan lacónica como inesperada, y tan inesperada como fatal.

—¿Y cuándo ha recibido usted esa carta?

—Hace precisamente en este instante,—añadió el notario mirando su reloj,—cuarenta y ocho horas y veinte minutos.

—Pero ¿qué dice el general en esa carta?—preguntó con interés la marquesa.

—Voy á tener el honor de leérsela á usted, puesto que no es un secreto para nadie la desaparicion del general.

—Sí, sí, léala usted, y á ver si por fin saldremos de dudas.

—¡Ah! desgraciadamente la carta que me ha escrito el señor general es clara y terminante.

Y el notario, sacando un papel del bolsillo del pecho de su gaban, se puso á leerlo en voz alta. Decía así:

«Señor don Basilio Portilla:

»Mi querido amigo: Si cuarenta y ocho horas despues de recibir esta carta no envío á usted una contraórden ni me hallo en mi palacio de Madrid, es prueba indudable de que he dejado de existir; y en ese caso se presentará usted á mi esposa la marquesa del Rádío, para que reuna á mi corta familia y les lea usted el testamento que con cabal juicio y pleno dominio de mis acciones, hice ante usted con todas las formalidades legales que tan grave asunto requiere.

»Es todo lo que de usted espera su desgraciado amigo,

»PEDRO DE LOSTAN.»

Como al terminar la lectura de la carta, la marquesa, inclinando la frente sobre el pecho, guardara silencio, el notario, exhalando un compungido suspiro, repuso:

—Ya ve usted, señora, que la carta no puede ser más clara ni más lacónica... Yo siento en el alma ser emisario de tan tristes nuevas; pero es un penoso deber que me impone la honrada profesion que ejerzo. Han trascurrido las cuarenta y ocho horas marcadas por el general. La señora marquesa tendrá la bondad de indicarme cuándo quiere que leamos el testamento.

—Mañana á las doce,—contestó doña Beatriz sin levantar la frente, que aún conservaba inclinada sobre el pecho.

—Está bien, señora; no faltaré.

Y el notario, comprendiendo que su mision habia concluido, se levantó, saludó á la marquesa y salió de la habitacion.

CAPÍTULO VII

Las amenazas

CAPÍTULO VII

La amenaza

La marquesa permaneció algunos minutos inmóvil y profundamente abismada en sus reflexiones.

La carta que acababa de leerla el notario, en vez de desvanecer sus dudas, las aumentaba.

Era indudable que el general había tomado la firme y terrible resolución de no presentarse jamás delante de su familia; pero ¿había puesto fin á sus días?... Esta era la duda que aún abrigaba la marquesa, á pesar de las cartas, que parecían indicarle un suicidio.

Sólo un hombre podía revelarle toda la verdad; ese hombre era Santiago, el ayuda de cámara del general.

Era preciso, pues, que ese hombre hablara, que lo revelara todo, y la marquesa se dispuso á intentar la última prueba.

Doña Beatriz tenía un carácter enérgico y altivo,

y se sentia humillada ante la reserva de aquel criado confidente de su esposo.

Durante muchos años habia devorado en silencio la afrenta que el general Lostan la habia inferido, respetando por el buen nombre de su casa á un esposo odiado.

Deseaba, pues, saber si los lazos que la unian al general se habian roto por la muerte, y resuelta á todo, cogió con energía el llamador de la campanilla y tiró con fuerza.

Una doncella se presentó en la puerta del gabinete.

—A Santiago, que venga al momento, le espero,—dijo doña Beatriz con acento imperativo.

Poco despues se presentaba el ayuda de cámara del general.

—Acérquese usted, Santiago,—le dijo;—tenemos que hablar.

El ayuda de cámara avanzó algunos pasos, conociendo que algo grave iba á decirle la marquesa.

Doña Beatriz, antes de dirigir la palabra al ayuda de cámara, fijó en él una mirada penetrante, y luego de una corta pausa dijo:

—Santiago, el notario de la casa acaba de leerme una carta del general Lostan, cuyo contenido me indica que no volveré á ver á mi esposo. Usted comprenderá que mi situacion es difícil y molesta; una situacion insostenible. El misterio que envuelve la desaparicion de mi esposo, es preciso que desaparezca. Por más que trate usted de negármelo, yo tengo la convic-

cion de que usted sabe todo lo que ha sucedido, de que usted no ignora si el general Lostan ha muerto ó vive. Necesito por lo tanto que sea usted franco, que me revele la verdad.

—Señora marquesa,—contestó Santiago inclinando respetuosamente la cabeza,—ya tuve el gusto de decir á vuecencia todo cuanto sabia. Es cierto que el general me honraba algunas veces con su confianza, pero es cierto tambien que en esta ocasion no puedo desvanecer la incertidumbre de vuecencia.

—Será inútil que continúe usted negando,—repuso doña Beatriz;—yo leo en los ojos de usted que no me dice la verdad.

—La señora marquesa podrá juzgarme como quiera. Yo la he dicho todo cuanto podia decirle.

Una sonrisa de duda asomó á los labios de la marquesa, que volvió á decir con mucha pausa:

—Si viviéramos en aquellos tiempos en que para arrancarle una declaracion al acusado se le hacian sufrir tormentos, yo tengo la seguridad de que usted nos revelaria grandes cosas; precisamente lo que todos ignoramos y deseamos saber.

—Pues yo puedo asegurar á la señora marquesa con la mano puesta sobre el corazon, que todos los atormentadores del Santo Oficio no me arrancarian otra declaracion que la que he tenido la honra de hacer á vuecencia.

La marquesa no ignoraba que Santiago era un espíritu fuerte, y que más conseguiria por la súplica que por la amenaza.

Cambió, pues, de entonación, y repuso:

—Yo sé, Santiago, que el general Lostan nunca ha tenido secretos para usted.

—El general me honró siempre con su confianza,—dijo Santiago.

—Usted no ignora que durante muchos años yo he devorado en silencio el terrible agravio que me hizo el general. Por salvar su honra, que miraba como la mía, no arranqué la máscara de su rostro, y retirada del mundo con el pretexto de la falta de salud, lloré en silencio mi afrenta. Cuando la pobre é infortunada Angela dejó de existir, parecía como que una nueva vida iba á comenzar para mí. ¡Error grave! el destino me tenía reservados nuevos sufrimientos, nuevas dudas, nuevas vacilaciones.

La marquesa se detuvo para exhalar un suspiro, añadiendo de este modo:

—¿Qué he sido yo ante mi conciencia desde el día en que al pie de los altares entregué mi mano al general Lostan? Su querida, su manceba, puesto que los derechos de esposa sólo pertenecían á su primera mujer, á Angela. ¿Qué soy hoy? Yo misma lo ignoro. Algunos momentos creo que he quedado viuda, que mi esposo, cometiendo un nuevo crimen, ha puesto fin á sus días; pero la razón me indica que ningún suicida tiene gran interés en que desaparezca su cadáver, y el cadáver de mi esposo no ha podido encontrarse por ninguna parte. Además, en las cartas que nos ha escrito tanto á sus hijos como á mí, no indica resueltamente si se ha suicidado. Ignoro por lo tanto si soy viuda ó casada; esta

situación para una mujer de mi clase, es altamente triste y dolorosa.

La marquesa volvió á detenerse de nuevo.

Santiago guardaba silencio. Estaba triste, grave, con la frente inclinada sobre el pecho y como evitando las penetrantes miradas que de vez en cuando le dirigía doña Beatriz.

—Yo comprendo que para un hombre honrado y enérgico como usted, es en extremo doloroso faltar á un juramento. El general le habrá encargado á usted eficazmente que guarde su secreto, y usted leal servidor, por nada del mundo se decidirá á faltar á su palabra.

—Señora marquesa, repito á vuecencia que ignoro el paradero del señor general.

—No, no, Santiago; usted lo sabe todo, usted no ignora nada; pero ha ofrecido guardar secreto, y callará aunque nos vea morir á todos devorados por la inquietud alarmadora de la incertidumbre.

Y la marquesa se llevó las manos á los ojos para enjugarse las lágrimas.

—¡Ah! verdaderamente es bien triste nuestra situación,—añadió doña Beatriz, como si hablara consigo misma;—seria cien veces preferible saber que el general Lostan no existe, á no sufrir esta inquietud que nos devora. Mi pobre Clotilde vive sin consuelo, y se la ve pasar con frecuencia de la esperanza al abatimiento; mi corazón maternal me dice que esta lucha que conmueve sin cesar su espíritu le será funesta, y usted que ha visto nacer á esa pobre niña, que tanto cariño

siente por ella y que no ignora el inmenso amor que la profesaba su padre, tendrá mañana un remordimiento sobre su conciencia si sucede una desgracia á mi querida Clotilde.

Santiago suspiró, pero continuó encerrado en su mutismo.

La marquesa creyó adivinar que se conmovia el corazón de aquel hombre, y continuó de este modo:

—Vamos, Santiago, si no por mí, al ménos por Clotilde. Yo le ruego que nos revele toda la verdad, por triste, por dolorosa que sea.

—Señora, he dicho á vuecencia todo cuanto podia decir.

La marquesa hizo un movimiento de cólera.

—Pero, Dios mio, este hombre no comprende lo terrible, lo espantoso de nuestra situacion.

Y dejándose llevar de uno de esos arranques tan propios de su carácter altivo, se levantó bruscamente del sillón, y cogiendo con violencia á Santiago por un brazo, exclamó:

—¿Pero se ha propuesto usted desesperarme? ¿No me cree usted á mí capaz de guardar el secreto que usted sabe y se empeña en no revelarme? ¿No calcula que su desconfianza me ofende de una manera grave? Yo quiero saber si soy viuda ó casada, y lo sabré, ¿lo oye usted, Santiago? lo sabré, aunque para ello tenga que emplear medios violentos que puedan sernos fatales á todos.

—La señora marquesa puede emplear todos los medios que crea convenientes,—añadió Santiago con cal-

ma;—pero yo no diré ni una sola palabra más sobre este asunto.

—Cuidado, Santiago, cuidado con lo que usted hace. Yo estoy dispuesta á perdonar, á olvidar; pero esa tenacidad en que se ha encerrado pudiera exasperarme, y entonces...

—Yo ruego á la señora marquesa que no emplee la amenaza, pues conseguirá ménos que por la súplica.

—La amenaza es usted quien la emplea, Santiago; usted, á quien yo podría acusar de ser el asesino de mi esposo.

—¡Yo el asesino!—exclamó Santiago, retrocediendo un paso.

—Sí, usted; la justicia busca inútilmente al general Lostan y al conde de la Fe, muertos ó vivos; no los encuentra, y yo pudiera muy bien decir á la justicia: «Si quieres tropezar con la huella de ese misterioso crimen que tanto te preocupa, encierra en un calabozo al ayuda de cámara del general Lostan, á Santiago; obligale por los medios que te conceda la ley á que hable, y sus declaraciones te darán mucha luz sobre este asunto.»

—Vuecencia no hará semejante cosa.

—¡Quién sabe, Santiago, quién sabe! Yo necesito descubrir la verdad, y desde el momento en que me persuada que no he de conseguir de usted otra cosa que el silencio, no vacilaré en declararle una guerra á muerte, porque tengo la completa convicción de que usted lo sabe todo.

—La señora marquesa me permitirá que la diga

que denunciarme á mí como el asesino del general Lostan, seria la mayor de las imprudencias.

—Será lo que usted quiera, pero estoy desesperada y quiero terminar esta duda que me atormenta.

—Pues bien, señora marquesa; si vucencia cometiera la locura de denunciarme, súpalo de antemano, por cada lágrima que hoy derrama verteria mil despues de cometer semejante imprudencia.

—¡Eso es una amenaza!

—Es una advertencia, señora.

—¡Yo no la acepto; yo la desprecio!

—Hace mal vucencia.

—El silencio en que usted se ha encerrado no puede ser inocente. Cuando se desoyen las súplicas de una madre y de una hija; cuando con una sola palabra pueden tranquilizarse dos corazones que latén atormentados por la inquietud, y esa palabra no quiere pronunciarse, puede creerse que es un crimen el que sella los labios, el que obliga á enmudecer. Sépalo usted, Santiago: ó me revela usted en el instante todo cuanto sabe, ó de lo contrario hoy mismo haré la acusacion ante el juez encargado de la causa.

—Esa acusacion, señora,—añadió Santiago sonriéndose,—sólo serviria para enaltecerme y colocar la memoria del general Lostan en una situacion difícil y bochornosa.

—Pues bien, aunque así sea, estoy resuelta á todo. De lo que suceda, sólo sobre usted recaerá la responsabilidad; y ¡ay de usted, Santiago! hay de usted si acusado por la marquesa del Rádio llega á pisar las hú-

medas baldosas de un calabozo, porque entonces yo no he de cesar en mi papel de acusadora hasta que usted revele el paradero del general.

Santiago conocia el carácter tenaz de la marquesa, y temiendo que cometiera alguna imprudencia fatal para todos, despues de algunos instantes de vacilacion se resolvió á imponerle silencio, á obligarla á callar.

CAPÍTULO VIII

Una herida más

Santiago se dirigió hacia la puerta.

—¡Cómo! ¿se marcha usted?—le preguntó la marquesa con acento imperativo.

—No, señora; pero voy á cerrar la puerta como una medida de prudencia.

El ayuda de cámara llegó hasta la puerta, la cerró, y guardando la llave en su bolsillo, volvió á acercarse pausadamente adonde se hallaba doña Beatriz, que habia seguido con asombro todos los movimientos de aquel hombre.

—No es el temor de lo que pueda sufrir mi cuerpo en un calabozo, ni aun en un presidio perpétuo, lo que me obliga á faltar á mi palabra; que el general Lostan, noble y querido amo, me perdone, si es que vive, las revelaciones que van á brotar de mis labios, revelaciones

que el tormento no me hubiera arrancado, pero que el temor de mancillar la honra del general y su familia me aconseja.

Y Santiago, respirando con fuerza y dirigiendo una mirada en derredor suyo, añadió, fijando los ojos con severidad en doña Beatriz:

—Usted, señora, me amenaza con acusarme de un crimen, que de sobra sabe vucencia no he cometido. Esta acusacion podria poner de manifesto ante el mundo lo que es preciso que el mundo ignore siempre; vucencia quiere saber la verdad; pues bien, va á saberla de mis labios, y luego dejaré á su rectitud el que juzgue mi proceder como se merece. Ruego á la señora marquesa que tenga la bondad de sentarse para escucharme.

Doña Beatriz no se atrevia á interrumpir á aquel hombre, cuyo aspecto tenia algo de imponente. Se sentó en una butaca y se quedó mirándole.

—Los sufrimientos, señora marquesa,—añadió Santiago,—no estaban reservados en esta casa para vucencia sola. Tambien el general sufría mucho, y más de una vez le he sorprendido derramando lágrimas de fuego que quemaban sus mejillas, y el hombre que tenia fama de valiente entre los valientes, que cien veces habia despreciado la vida en los campos de batalla, hundido en su butaca con el rostro oculto entre las manos, exhalaba dolorosos gemidos como una débil mujer, viviendo siempre espantado y temeroso de que la imperdonable culpa que habia cometido en su juventud pudiera algun imprudente arrojársela al rostro.

Santiago se detuvo.

La marquesa, inmóvil como una estatua, apenas respiraba escuchando al ayuda de cámara.

—La felicidad era imposible, por consiguiente, para el general, y la vida una carga enojosa, que sólo soportaba por el inmenso amor que sentía por su hija Clotilde. Un hombre, enemigo irreconciliable del general, poseedor de su secreto, estaba siempre siendo para él una amenaza viva suspendida sobre su cabeza. Este hombre se llamaba el conde de la Fe, y su conducta con Daniel demuestra claramente sus infames intenciones, sus deseos miserables de venganza.

—¡Ah! sí, sí; Daniel y Clotilde se salvaron milagrosamente,—exclamó la marquesa sin poderse contener.

—No, señora marquesa, no,—añadió Santiago;—se salvaron por una gran abnegación del general, que ante el peligro que corría su hija no vaciló en depositar en sus manos un manuscrito, que era para él un padron de vergüenza y de ignominia; pero al hacerlo, se había propuesto aquella misma noche castigar al hombre que tan infames maquinaciones tramaba para perderle; pero el conde de la Fe no quiso batirse con el general, y preparándole una emboscada, se libró por entonces de su justo enojo. Usted sabe, señora, que don Pedro luchó por entonces mucho tiempo entre la vida y la muerte; usted sabe que se salvó milagrosamente. Pues bien; algún tiempo después, el conde de la Fe, que no cesaba en sus deseos de venganza, que se creía impotente para luchar frente á frente con el general,

tuvo un feliz pensamiento para atormentar el amor propio de su enemigo, y este pensamiento fué obligar al general Lostan á que diera la mano de su querida hija á un hombre despreciable y pervertido por los vicios y la crápula: al baron de Labra.

—¡Oh! Dios mio, ¿pero con qué objeto, con qué intento nos impuso el conde de la Fe ese casamiento?— preguntó la marquesa, que comenzaba á sentirse conmovida.

—Con el intento de hacer á Clotilde la mujer más desgraciada de la tierra; porque el conde no ignoraba que el baron de Labra era uno de esos hombres que poseen todos los vicios y ninguna de las virtudes. «Matando la felicidad de la hija, se dijo el conde, amargaré los últimos dias de la vida del padre.»

—¡Pero ese pensamiento era infame!

—¿Qué otra cosa era el conde de la Fe que un infame, un hombre sin creencias, sin corazon? El general aceptó las proposiciones humillantes de su enemigo, le ofreció inclinar la voluntad de su hija para que aceptara la mano de Ernesto de Labra; pero este ofrecimiento no era más que una promesa vana que no pensaba cumplir; era una astucia para inspirar confianza á su enemigo; era un recurso para prepararle una emboscada y terminar para siempre con tan terrible adversario.

En los labios de Santiago apareció una sonrisa fria, terrible, que hizo estremecer á la marquesa.

—Por esta vez, el general,—añadió Santiago,—supo dominar su carácter; fingió á la perfeccion como

un actor consumado, y el conde cayó en sus redes, y creyendo que el general accedía á todas sus exigencias por miedo á que revelara su secreto, juzgándole acobardado y vencido, aceptó un convite que le ofreció para sellar el pacto de alianza con toda la familia, sin sospechar siquiera que en ese convite iba á encontrar la muerte.

La marquesa no pudo contener un grito.

Una segunda sonrisa, más fría, más terrible que la primera, volvió á aparecer en los labios del ayuda de cámara.

—La señora marquesa ha querido saberlo todo, y para ello ha empleado una amenaza terrible: pues bien; yo nada quiero, nada debo ocultarle; pero á la conclusion de esta espantosa historia yo habré faltado al juramento que hice ante el general y la señora marquesa no habrá encontrado la paz de su espíritu.

Y Santiago, respirando con fuerza, como si sus pulmones carecieran de aire, añadió:

—El conde de la Fe aceptó el convite; el general entonces me llamó y me dijo: «Santiago, tú eres un leal servidor, y me has inspirado siempre completa confianza; la felicidad de mi hija se verá siempre amenazada, como asimismo la honra de mi esposa, mientras el conde de la Fe viva: ese hombre es la perpétua inquietud de mi familia; ese hombre debe morir, y morirá mañana. Como sé que es inútil proponerle un duelo á muerte, porque no le aceptaría, me he propuesto librarme de él de un modo más infame, pero más seguro: el veneno.»

—¡El veneno!—repitió la marquesa con espanto;—
¿luego se ha cometido un asesinato?

—Ruego á la señora marquesa tenga un poco de calma, hasta que yo concluya la relacion de esta historia.

—Hable usted, hable usted, y no me oculte nada.

—Así lo haré; yo fui el encargado por el general Lostan de disponerlo todo; la circunstancia de hallarse el jardinero de la quinta en Aranjuez, favoreció nuestros intentos. Me trasladé, pues, á Chamartin muy temprano, y esperé al general y al conde.

—¡Ah! ¿luego es en mi quinta donde se ha cometido el crimen?

—Un momento de calma, señora, un momento de calma. El general me habia dicho que le era imposible por más tiempo soportar el peso de la existencia, y por consiguiente, el mismo veneno que iba á poner fin á los dias del conde de la Fe, le serviria á él para darse la muerte. Este veneno lo dispuso el general en una botella de vino de Borgoña; los dos debian beber aquel vino, y los dos por consiguiente debian morir al mismo tiempo.

—¡Oh! ¡pero esto es horrible!

—Calma, señora, calma. Muerto el conde de la Fe, quedaba roto el compromiso de obligar á Clotilde á que se casara con el baron de Labra; muerto el general Lostan, vucencia, señora marquesa, se veia libre de un esposo odiado. El general, pues, por salvar á su familia y en recompensa de todo lo que le habia hecho sufrir, hacia el sacrificio de su cuerpo y de su alma, se

convertia en asesino y en suicida. Todas mis súplicas, todos mis ruegos, no bastaron para hacerle desistir de su empeño; pero me propuse salvarle, y adquirí un antídoto que contrarestará los efectos del veneno. Llegó la hora del convite. El general y el conde apuraron la botella del vino de Borgoña envenenado; el general sabiendo que bebía la muerte, el conde ignorándole. Poco después, en una taza de café, yo le serví el antídoto al general solo, que contrarestó los terribles efectos del veneno. Terminada la comida, el general reveló al conde el triste fin que le esperaba, y dejándole solo para que se reconciliara en los últimos momentos con Dios, se dirigió á otra habitacion, donde yo le seguí.

»—Santiago,—me dijo,—me quedan pocas horas de vida; es preciso que las aproveche para darte algunos encargos que debes cumplir después de mi muerte.»

Entonces le revelé todo lo que había hecho, y su indignación fué grande contra mí. Tuve que hablarle mucho de su hija, y después de dos horas de lucha acabé por convencerle de que debía vivir, de que era preciso que conservara la existencia, no arrojando sobre la pura frente de su hija la mancha del suicida. Anonadado bajo el peso de tantos sufrimientos y casi sin voluntad propia, accedió á todos mis deseos, y entonces nos trasladamos á la habitacion donde se había quedado el conde.

—¿Y llegaron ustedes á tiempo para salvarle?

—No, el conde había dejado de existir. Pero las últimas horas de su vida las había empleado, no en encomendar su alma á Dios, sino en encargár su vengan-

za á los hombres. Habia escrito tres declaraciones acusando al general Lostan de su muerte y revelando su secreto. Como en aquel instante no tenia nadie á quien confiarlas, dejó su venganza á la casualidad, y tuvo una idea maquiavélica. Aquellos tres escritos, exactamente iguales y que bastaban para perder y deshonar al general Lostan, los colocó la moribunda mano del conde, dos de ellos en los cañones de dos pistolas, y el tercero oculto dentro de un panecillo de los que se hallaban sobre la mesa. Una casualidad providencial hizo que el general y yo encontráramos los papeles acusadores dentro de los cañones de las pistolas; nos aterramos, y despues de leerlas las quemamos en la llama de una bujía. Pues bien, señora; al dia siguiente encontré yo la tercera copia de la acusacion cuando ya el general habia partido.

—¿Luego mi esposo vive?

—Sí, vive; pero no olvide la señora marquesa que ha muerto para todos ménos para mí, porque ya no volverán á verle nunca. Y ahora, para probar á vucencia hasta dónde llega la lealtad de Santiago, voy á permitirle leerle la terrible acusacion que dejó el conde escrita antes de morir, sin otro objeto que el de vengarse, aun despues de muerto, de su irreconciliable enemigo el general Lostan.

Y Santiago leyó con acento pausado la carta que ya conocen nuestros lectores, por estar consignada en otro lugar.

La lectura de aquel terrible documento hizo palidecer á la marquesa.

Comprendió que aquello era un arma terrible, con la cual podía herirse de muerte á toda su familia.

En aquel instante todo le inspiraba miedo y sobresalto.

Santiago comprendió todo lo que pasaba en el corazón de su ama, y dijo:

—Yo soy pobre, señora; presentando este documento, podría poseer dentro de poco una fortuna de muchos millones; pero no tema vucencia, debo la vida al general Lostan, y todo el oro de la tierra no me haría cometer una ingratitud.

Y Santiago, extendiendo el brazo, arrojó á la chimenea aquel papel, mirando con indiferencia cómo las llamas consumieron en un breve instante lo que pudiera haberle servido para hacerle poseedor de una inmensa fortuna.

La marquesa, asombrada ante aquel rasgo de desprendimiento, estrechó cariñosamente la mano de Santiago, y con una entonación impropia de su carácter, con un acento verdaderamente conmovido, exclamó:

—¡Ah! es usted un hombre leal, un corazón generoso. Mi esposo hacía bien en tenerle á usted por el mejor de sus amigos.

—Ahora, señora marquesa, puede vucencia denunciarme ante los tribunales; mis labios permanecerán cerrados, aunque me condujeran al patíbulo por un crimen que no he cometido.

—¡Ah! ¡nunca, nunca! Pero que mi hija ignore siempre ese terrible drama que usted acaba de revelarme.

—Puede vucencia vivir tranquila, señora. ¿Tiene vucencia algo más que mandarme?

—No, Santiago, no; puede usted retirarse: necesito estar sola, reconcentrar mis ideas, tranquilizar mi espíritu. ¡Ah! tiene usted razon; yo he querido saber la verdad, y esa verdad ha añadido una herida más á mi corazon.

Santiago saludó respetuosamente, saliendo despues de la habitacion de la marquesa.

CAPÍTULO IX

La lectura del testamento

Algunas horas despues de los acontecimientos que acabamos de narrar en los capítulos anteriores, Clotilde y Daniel se hallaban en el gabinete de la marquesa.

Todas las noches se reunian en aquella habitacion á pasar algunas horas en familia, y á pesar de las cartas de despedida que les habia escrito el general, abrigaban siempre una esperanza de volverle á ver.

—Hijos mios,—les dijo la marquesa, viendo sentados á los dos jóvenes á su lado,—no debo ocultaros nada, y por lo mismo voy á deciros que esta noche he perdido la esperanza de que volvamos á ver á vuestro padre.

Clotilde palideció.

Aquellas palabras, pronunciadas en tono grave y melancólico, parecian anunciarle una nueva desgracia.

En cuanto á Daniel, solo fijó con algun interés la mirada en doña Beatriz.

—Sí, hijos míos,—repuso la marquesa,—he perdido la esperanza, porque no hace mucho vino á verme el notario que está encargado de todos los negocios de la casa, á decirme que habia recibido una carta del general, carta que me ha leído, y en la que ordena que si despues de cuarenta y ocho horas de recibirla no le envia una contraórden, es una prueba de que no existe, y que por consiguiente debe abrirse su testamento ante la familia.

—¡Oh! sí, sí, mi padre ha muerto; yo no volveré á verle nunca, porque él, que sabe cuánto le amo, si viviera se presentaria para calmar mi inquietud y mi sobresalto,—exclamó Clotilde derramando abundantes lágrimas.

—Sin embargo, Clotilde,—repuso Daniel,—es muy extraño que á pesar de las infinitas pesquisas que se han hecho, no se haya encontrado su cadáver. Es preciso confiar, esperar.

—Sí, sí, dice bien Daniel; es preciso, á pesar de todo, no perder la esperanza, porque ella es la vida del alma; pero es preciso tambien que cumplamos las últimas disposiciones del general.

—Las cumpliremos, madre mia, por más dolorosas que sean,—volvió á decir Daniel.

—Mañana, pues, en punto de las doce, estará aquí el notario para leernos el testamento de vuestro padre, cuyas disposiciones se cumplirán al pié de la letra.

Y como Clotilde continuase anegada en su llanto,

doña Beatriz acercó contra su pecho la encantadora cabeza de su hija y besándola con cariño en la frente, añadió:

—Valor, hija mia. Es preciso sufrir con resignacion los duros golpes del infortunio. Te quedan aún una madre y un hermano, que te aman con toda su alma y que solo ambicionan verte feliz.

—Sí, es preciso resignarse;—costestó Clotilde enjugándose los ojos,—aunque en verdad es muy triste lo que á nosotros nos sucede.

—Dios sin duda quiere probar nuestra paciencia,—repuso la marquesa;—acatemos sus fallos omnipotentes.

.

Al dia siguiente, á las doce en punto, se presentó el notario en casa de la marquesa.

Toda la familia se hallaba reunida en el gabinete de doña Beatriz; es decir, la marquesa, Clotilde y Daniel. Tambien se encontraban allí, por disposicion de la señora marquesa, Santiago y el apoderado general de la casa.

El notario, despues de saludar con su amabilidad de costumbre á toda la familia, dejó sobre la mesa multitud de papeles que llevaba debajo del brazo, ocupó un sillón, y pidiendo la palabra para empezar el acto, habló de esta manera:

—Señores, antes de comenzar la lectura del testamento que me dictó el que yo creo difunto general Lostan, debo hacer una aclaracion.

El notario hizo una ligera pausa, aspiró un poco de aire, y volvió á decir:

—Sabido es que el señor general no tenía bienes raíces; no poseía ninguna finca, conservando toda su fortuna en papel del Estado y en algunos créditos que yo como su hombre de negocios le manejaba. La fortuna del señor general, como podrá verse por su libro de caja y por los comprobantes que se hallarán en sus libros, ascendía aproximadamente á unos ochenta y cuatro mil duros efectivos. Esta es la fortuna total del señor Lostan, separada de la que posee su esposa la marquesa del Rádio. Aquí en esta carpeta, en papel del Estado y algunos pagarés de fácil cobro, se hallan los ochenta y cuatro mil duros de la pertenencia del señor general Lostan. Despues de leído el testamento haré la entrega de esta herencia, para que los herederos dispongan de ella de la manera que mejor les plazca, á no ser que deseen que yo continúe manejando sus fondos. Ahora, señores, pasemos primero á la lectura de una carta que he recibido del general, y luego á la del testamento.

—Señor notario, ¿no podría usted suprimir la lectura de la carta?—preguntó la marquesa.

—Señora marquesa, la lectura de la carta es un documento que acredita y da fe á la lectura del testamento; es un caso de rectitud y de conciencia, del que yo no puedo prescindir.

—Está bien; lea usted lo que guste,—añadió doña Beatriz, exhalando un suspiro.

El notario leyó con voz clara y pausada la carta

del general Lostan que ya conocen nuestros lectores.

Al terminar la lectura la dejó sobre la mesa, y desdoblando pausadamente el testamento, comenzó á leerle:

Terminado el preámbulo usual de esta clase de documentos, entró el notario de lleno en lo más importante, es decir, en las cláusulas.

«Primera,—dijo levantando la voz para que todo el mundo lo oyera con perfecta claridad:—Siendo mi esposa la marquesa del Rádío suficientemente rica para mirar con indiferencia la pequeña fortuna que voy á legar á mis hijos, y persuadido de que su generosidad no se opondrá á mis últimos deseos, nombro herederos de todo cuanto poseo, y por partes iguales, á mis hijos Clotilde y Daniel.

»Segunda: En el caso que, como no espero, mal aconsejado por el orgullo, rechazara la pequeña fortuna que le lego para asegurar su porvenir á mi hijo Daniel, se repartirá esta entre los pobres del pueblo de Horche á nombre de su santa madre la infortunada Angela; pero yo confío que no desobedecerá mi última voluntad, y perdonando todas cuantas ofensas haya podido inferirle desde el día de su nacimiento hasta el de mi muerte, aceptará la herencia que legítimamente le corresponde, para que con ese acto de reconciliación puedan dormir tranquilas mis cenizas en su tumba y vivir su hermana Clotilde sin el disgusto natural que le causaría su negativa.

»Tercera: Lego á mi leal ayuda de cámara Santiago Albornoz la cantidad de veinte reales diarios vi-

talicios, que se le pagarán de la pension que mi esposa y mis hijos deben percibir de mi paga de teniente general.

»Cuarta: Recomendando eficazmente á mi esposa y á mis hijos que conserven mientras les sea posible á su servicio á Santiago Albornoz, pagándole de este modo lo mucho que le debo.

»Quinta y última: Creyendo próximo el instante de presentarme ante el inapelable tribunal de Dios, les pido con todo el fervor del verdadero arrepentimiento á mi esposa y á mis hijos me perdonen todo el daño que les he hecho durante mi vida, y no me olviden en sus oraciones.

»Firmo, pues, este documento con perfecta razon y juicio, siendo absoluto dueño de mis acciones y sin sufrir la menor presion ni violencia, y confio que mis herederos cumplan al pié de la letra todo lo que en él dispongo.

»Madrid 8 de Noviembre de 186...»

Al terminar la lectura, reinó un momento de silencio.

Todos los ojos estaban llenos de lágrimas. Santiago tambien lloraba.

—Respeto la última voluntad de mi esposo, el general Lontan,—dijo doña Beatriz con voz solemne,—y espero que se cumplan al pié de la letra todas sus disposiciones.

Y dirigiendo una mirada en derredor suyo, como si quisiera adivinar los pensamientos de aquella triste y silenciosa reunion, añadió:

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPPO

Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIR

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS.

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo sí diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.